

Un rastro que recorre el mundo

Nagisa OSHIMA

El cine ha sido inventado como un aparato que, por primera vez en la historia de la humanidad, permitía registrar imágenes animadas y verlas de nuevo. Pero es frecuente que los inventos sean utilizados con una finalidad distinta de la que tuvieron originalmente. Apenas se descubrió la fascinación del público por la imagen animada, los comerciantes avisados comprendieron que podían obtener utilidades de este nuevo tipo de espectáculo.

Un año después de su invención, el cine llegó al Japón, ávido entonces de remedar a la civilización europea. A pesar de algunas tentativas en Europa (en Francia sobre todo) de usar la pantalla con propósitos no comerciales, la tendencia dominante en el mundo entero consistió en buscar la forma de reunir inmensas audiencias para lograr las más grandes ganancias.

¿Por qué apasionó el cine hasta ese punto a las masas? Entre otras razones porque representaba las esperanzas nacidas del desarrollo industrial como medio para un progreso ininterrumpido hacia la felicidad. Auschwitz e Hiroshima pusieron el fin a esa ilusión.

LA DETESTADA ETIQUETA DE "NUEVA OLA"

El entusiasmo de los pueblos por el cine duró apenas algo más de una década después del fin de la guerra. En el Japón, una de las causas de este apasionamiento del público radicaba en el hecho de que las películas aportaban tranquilidad de espíritu a las poblaciones victimadas por la derrota, hostigadas por la miseria. Los filmes, sobre todo los americanos, hacían creer que al final del enorme esfuerzo colectivo de la reconstrucción se encontraría un mundo mejor. Una parte de las películas nacionales participaba de este impulso, mientras que otra

ayudaba a comprender mejor la derrota, a tomar una mejor conciencia de nuestros defectos y de nuestros errores. En ningún otro momento, el contenido de las películas estuvo tan de acuerdo con lo que la gente quería ver.

Pero, a partir de 1959, cuando el Japón hubo reencontrado al menos una parte de su prosperidad, el cine pareció menos necesario y la frecuentación comenzó irremediamente a declinar. Fue también en ese año que comencé como realizador. Pronto, en el momento mismo en que el país vivía inmensas manifestaciones estudiantiles contra la renovación del tratado de seguridad americano-japonés, la prensa se puso a hablar de mí como del representante de una "nueva ola japonesa" – etiqueta que yo he detestado siempre– a causa de mis películas *Cuento cruel de la juventud* y *El entierro del sol*. Después de que el estudio que me contrataba, Shochiku, rehusó mi película *Noche y niebla del Japón*, yo renuncié para hacerme realizador independiente, el mismo día de 1961 en que el presidente del partido socialdemócrata era asesinado a cuchilladas.

Antes, el cine japonés había existido bajo la égida de un doble conformismo, económico y estético. Los grandes estudios reinaban sobre la industria y los guiones en su gran mayoría trataban sobre el tema de la víctima. La identificación masiva con esto había llenado las salas. Pero con los años 70 apareció una generación, la mía, cuya formación intelectual se hizo después de la derrota. Rechazaba por igual la visión del mundo ligada a esta temática como al régimen de los grandes estudios.

REALIZADORES ABSORBIDOS POR ELLOS MISMOS

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial se puede seguir un rastro que recorre el mundo, el de los focos más dinámicos del cine. Parte de Italia con el neorrealismo hacia Polonia, luego la nueva ola francesa, después el nuevo cine brasileño, seguido de su homólogo alemán. Hoy en día, China, Taiwán y Corea parecen ser los países de punta. Cada vez que un país registra profundas contradicciones sociales, sobre todo cuando son profundamente evidenciadas por los adolescentes, aparecen cineastas para expresar su situación. Se trata de una expresión colectiva que constituye a veces el tema de sus películas, pero cuya existencia misma representa la principal manifestación de ese estado de cosas.

¿El Japón ha conocido una época así? La respuesta es obviamente que sí. Mientras que 1968 pasa por ser la fecha del gran movimiento de la juventud que afecta al mundo entero, los estudiantes japoneses se rebelaron desde el inicio de la década. Es eso lo que me ha valido ser cálidamente acogido por los estudiantes de Moscú, Varsovia, Praga y luego de Europa

occidental en el camino a Cannes a donde iba a presentar *El ahorcamiento* en 1969, a pesar de la hostilidad de los contestatarios hacia los festivales.

Todos los cineastas que han debutado desde 1980 desconocen el sistema de los estudios de rodaje, y muchos son realizadores a tiempo parcial. Me parecen en su mayoría absorbidos por ellos mismos, lo que se explica en parte por la manera en que la sociedad japonesa se ha polarizado en torno al desarrollo económico. Corresponde a los inmigrantes residentes en el Japón (venidos en su mayor parte de otros países de Asia) sacarnos de este invasivo narcisismo.

(Extracto de un artículo preparado para la revista
Positif. Traducido de *Le Monde*).